

PRESENTACIÓN: LIBROS SOBRE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA: UN CHORRO QUE NO CESA

Introduction: Books on the Spanish Civil War. A non interrupted flow

Ángel VIÑAS
Catedrático emérito, UCM
anvimahld@yahoo.com

¡Otra bibliografía sobre la Guerra Civil!, pensará sin duda más de un lector. ¡Cómo si no hubiera ninguna! Y, en efecto, las hay. Pero no con el formato y contenido de la presente. Quizá, como responsable de su definición y coordinación, deba explicitar las razones que, en mi opinión, justifican tal aserto. Sin embargo, ante todo y sobre todo, he de indicar que esta aventura editorial está dedicada al recuerdo del profesor Julio Aróstegui, de cuyo fallecimiento se cumple el primer año y medio en el momento de escribir estas líneas. Aróstegui, cuyo nombre aparecerá por derecho propio en varios de los capítulos de este número, fue uno de los renovadores de la historiografía española de su generación (que también es la mía). Desapareció en la plenitud de su fuerza creadora y cuando se aprestaba de nuevo a enristrar la lanza en defensa de la verdad y del desentrañamiento de algunos de los recónditos pliegues del pasado tras la publicación de su magna biografía de Largo Caballero que es, en parte, igualmente una historia de su partido, el PSOE.

La presente bibliografía no es como muchas anteriores por, entre otras, las siguientes razones:

1. Se trata, ante todo, de un ejercicio de carácter analítico y hasta cierto punto valorativo (lo cual implica la aplicación de criterios de selección relativamente estrictos). La aspiración a hacer una bibliografía de contenido general sería, en mi entender, una entelequia. El número de referencias so-

brepararía toda posibilidad de manejo real. Por ello esta bibliografía versa, en general, sobre las obras aparecidas entre 2006 y 2012, con algunos, no muchos, ejemplos de las publicadas en 2013. Este marco temporal relativamente reducido no se ha aplicado obligatoriamente en los capítulos de las bibliografías extranjeras para comprender las cuales los lectores necesitan en su mayoría de una pequeña retrospectiva a períodos anteriores a 2006. Se explica porque en muchos casos la ignorancia al respecto en la bibliografía española es relativamente normal incluso en la referente a literaturas occidentales como el ámbito nórdico, alemán o mexicano.

2. Es más, el presente número aspira a ofrecer una muestra representativa de la literatura aparecida en países que no han entrado en línea de cuenta en las bibliografías publicadas hasta ahora en España. Quisiera subrayar este extremo porque en los casos de Eslovaquia, Hungría, Polonia, la República Checa, Rumania y Rusia, bastante ignoradas en nuestro país, se observa con absoluta claridad el cambio de orientación que siguió a la implosión del sistema sociopolítico imperante hasta el comienzo de los años noventa del pasado siglo.
3. Es una obra colectiva. Hubiera sido imposible para un autor o un pequeño grupo de autores explorar lo aparecido en todas las dimensiones que aquí se recogen y en lenguajes tan diversos como los nórdicos o los eslavos (del ruso al serbocroata). Debo, no obstante, lamentar la falta de la literatura en holandeses, griego y búlgaro.
4. La bibliografía la han abordado, y no se trata de una casualidad, autores de al menos cinco generaciones. Los seniors que, como quien esto escribe, ya están jubilados de las tareas docentes. Los semi-seniors que van aproximándose a esa frontera. Los que están en plena madurez investigadora. Quienes ya van consolidándola y, por último, los que la empiezan. Me complace señalar la participación de historiadoras en casi un tercio del total. Otras, contactadas, no pudieron hacerlo. Casi todos se atuvieron a recomendaciones de mantener sus textos dentro de dimensiones similares. Ha habido, no obstante, excepciones. Están justificadas, creo, por la temática. Lo que se ha publicado sobre el vector económico es inmenso, pero no siempre se reconoce. La guerra en el País Vasco ha dado origen a una abundante literatura, pero su carácter local ha impedido considerablemente su difusión. Hay otros casos, no menos justificados.
5. Mi aspiración como director ha estribado en conjugar dos aspectos no siempre fácilmente conjugables. Por un lado, varios capítulos corren a cargo de expertos en ellos reconocidos. En otros capítulos, sin embargo, el comentario y la selección la han hecho no expertos. He querido con ello generar una mirada relativamente inocente sobre los mismos. De haber optado de forma sistemática por la primera alternativa el tono de ciertos capítulos hubiera sido diferente. Mi preocupación permanente ha consistido, sin embargo, en abrir la puerta lo más ampliamente posible

a historiadores que proseguirán, en los próximos decenios, la incesante labor de mejorar el conocimiento sobre uno de los momentos más trascendentales de la historia española y, en parte, de la europea del período de entreguerras. No pretendo innovar en este aspecto. Ya lo hizo con gran éxito en su momento Manuel Tuñón de Lara, a quien muchos de los que hemos colaborado en este proyecto le estamos reconocidos, directa o indirectamente.

6. Los términos de referencia aconsejaron no hacer una exposición exhaustiva de la literatura aparecida sino de las obras más sobresalientes en cada campo. En algunos casos los autores han procedido a valorar las más significativas y han listado otras sin comentario. Se trata de trabajos en su opinión menos interesantes desde el punto de vista científico. También hubo que introducir una limitación, sin duda discutible. La selección debía recaer en lo posible en libros y no abarcar sistemáticamente artículos publicados en revistas científicas o en internet. Ello no obstante, en varios casos se les ha incorporado. Se trata por lo común de campos de carácter transversal.
7. Ni que decir tiene que los autores han gozado de la mayor libertad para hacer sus selecciones y, naturalmente, los comentarios pertinentes. O para no hacerlos. Mi tarea ha estribado en revisar cada capítulo y hacer sugerencias para mejorarlos cuando creí que era conveniente. Aunque cada autor asume la responsabilidad de su trabajo, me corresponde la que se refiere a la aceptación de todos ellos. Esto no significa que coincida siempre con las valoraciones. Creo tener razones para discrepar de la orientación y resultados de algunas obras mencionadas, en general de historiadores extranjeros, que se presentan poco menos como *breakthroughs* epistemológicos. En mi opinión, de pocos vuelos. Por lo demás, todas las contribuciones (salvo una) se han sometido a revisión por evaluadores externos. La excepción se explica porque para ella no se encontraron evaluadores. No todas sus sugerencias han sido acogidas. Los autores a veces no las han considerado pertinentes. En otros casos, he sido yo mismo quien ha sugerido su no aceptación. Muchos evaluadores, por ejemplo, no sabían que se trataba de la literatura aparecida en un período temporal muy concreto. En una sola y única ocasión el evaluador era, con el debido respeto, un tanto ignorante de lo que evaluaba. Al menos esa fue mi impresión. El lector observará que a veces he permitido la repetición de algunos títulos en distintos capítulos. Se trata de obras que son susceptibles de categorización en diversos campos de la investigación.
8. El marco de referencia temporal, que puede ser discutible, se determinó en función de dos criterios objetivos. En primer lugar, el hecho que en *STUDIA HISTORICA* ya apareciera una pequeña, y excelente, bibliografía en 2006. En segundo lugar, porque también en noviembre de aquel año tuvo lugar el

primer congreso internacional sobre la Guerra Civil, auspiciado por la ya desaparecida Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales (SECC) y bajo la dirección científica del profesor Santos Juliá¹. Ahora bien, dado que varios de los autores abordaron su selección a mitad de 2013 no todas las publicaciones aparecidas en este último año han podido recogerse, a pesar de una pequeña revisión realizada en los primeros meses de 2014.

9. Si en la presente bibliografía se mencionan varios centenares de títulos de libros y artículos, imagine el lector los que los autores hubieran podido rastrear de haber llevado hacia atrás el marco de referencia. A pesar de la presunta saturación del mercado los libros relacionados sobre la Guerra Civil no cesan de aparecer con singular intensidad en España pero también con alguna frecuencia en el extranjero.
10. La identificación de los temas de los capítulos corresponde a quien esto escribe. Por supuesto hubiera podido hacerse otra. En general he tratado de combinar enfoques geográficos, funcionales y transversales. Mi recomendación ha consistido siempre en la necesidad de acoger títulos que cumplieran con requisitos mínimos de calidad e idoneidad científicas. Ello explica que se hayan excluido algunos de gran difusión, que en mi opinión y en la de los autores respectivos, no las alcanzan. Por razones evidentemente distintas, no se ha hecho demasiado hincapié en títulos de tipo escolar, salvo que fuese estrictamente necesario. Esto no disminuye para nada los méritos que muchos de ellos sin duda tienen.
11. En los términos de referencia se estableció que, en general, los títulos que debían entrar en cuenta se centraran en la Guerra Civil misma, dejando de lado sus antecedentes y sus consecuencias. Naturalmente, la distinción no es fácil de llevar a cabo sistemáticamente y menos aun en el caso de las literaturas extranjeras. Con todo, me ha parecido imprescindible incluir un capítulo, a cargo de un notable especialista, que verse sobre la aparición reciente (motejada de «científica») de viejos asertos que postulan la «desastrosa» experiencia política durante la segunda República, y en particular de la primavera de 1936, como la compuerta que abrió los ríos de sangre que se derramaron en la Guerra Civil.
12. Algunos lectores echarán en falta ciertos capítulos (por ejemplo, el exilio). Ello se debe a que las personas que se encargaron de ellos no pudieron cumplir los plazos dentro de los cuales hubo de acometerse la preparación de la presente obra.
13. Es de esperar que el resultado del presente ejercicio cumpla dos funciones esenciales. En primer lugar la de informar tanto al público generalista como a los distintos expertos en los diversos campos relacionados con la

1. Las actas se publicaron en un DVD. En la web oficial de la sucesora de la SECC no se hace mención del congreso (comprobado el 20 de enero de 2014). Afortunadamente, muchas de las intervenciones, si no todas, pueden descargarse de Dialnet en www.dialnet.unirioja.es

Guerra Civil acerca de la literatura aparecida en otros. Cabe constatar, en efecto, que algunas obras de síntesis, en España y en el extranjero, dejan de lado dimensiones en las cuales la historiografía ha registrado avances considerables. En segundo lugar conviene subrayar la conveniencia de dar a conocer a los hispanistas e historiadores foráneos, y en particular a los interesados por la Guerra Civil, un inventario de las orientaciones más importantes por las cuales se guían en la actualidad los historiadores españoles. A la vista de lo que siguen escribiendo algunos por ahí fuera, esta segunda función no debería, en mi opinión, desdeñarse.

Es obvio que en cada país las circunstancias del presente, los apremios comerciales, las querellas intelectuales e ideológicas y la dinámica interna propia a la investigación de los autores especializados explican ciertas orientaciones de la publicística. No es nada extraño que, por ejemplo, en muchos países se haga hincapié en las relaciones bilaterales con la España de la Guerra Civil. Los historiadores españoles deberíamos regocijarnos de ese interés que testimonia de la proyección y fuerza imantadora de unos años en los que la hora de España, por primera vez en más de un siglo, coincidió con la hora del mundo. Solo, incidentalmente, para pasar a convertirse en la de un pequeño país en su rincón, excluido de las corrientes que reformularon la Europa occidental a partir de 1945.

Ello no obstante, no deja de ser chocante que en ciertas literaturas, ya sean próximas (como la británica o la francesa) o en las de los otrora llamados países del Este, se encuentren todavía afirmaciones que revelan bien sea prejuicios inconfesables de naturaleza ideológica o propagandística o simplemente desconocimiento de los análisis por medio de los cuales los historiadores españoles y extranjeros más involucrados hemos ido encontrando respuestas a los problemas que de siempre han gravitado sobre la interpretación de aquellos años decisivos, ciertamente para España pero también para Europa.

Hoy se afirma comúnmente que ya existen en torno a 20.000 títulos sobre la Guerra Civil. El número aumentaría de forma significativa si a ellos se añade la producción en términos de artículos, aunque solo sean los aparecidos en revistas profesionales y científicas. Mal que pese a muchos, el conflicto sigue siendo percibido ampliamente como lo que fue en realidad: un tajo sangriento en la evolución histórica española en sus diversas facetas (políticas, sociales, económicas, culturales). España tenía un determinado perfil antes de la guerra. El resultado lo trastocó completamente y, lo que es más, lo mantuvo durante los siguientes treinta y seis años de implacable dictadura franquista.

Que los historiadores españoles se centren en el período de la guerra no tiene nada de extraño. No es, como han dicho algunos, dar pruebas de ombliguismo o de cerrar los ojos a los procesos que afectaron a numerosos países como consecuencia del estallido de la guerra europea y, más tarde, mundial. La española fue, en numerosos aspectos, el preludeo a la gran confrontación sistémica contra el fascismo. Siempre tuvo un carácter ideológico, cargado de significado y de simbolismo. Pero es que, además, la llamada Guerra Civil nunca fue exclusivamente

española. Hay autores que prefieren hablar de «guerra de España», caracterización que tiene ventajas e inconvenientes pero que aquí no he retenido por diversas razones que no es el caso exponer. Es obvio que conllevó una vertiente internacional absolutamente básica y fundamental sobre cuyo conocimiento se ha avanzado considerablemente a lo largo de los últimos años. Como es sabido, determinó en gran medida su erupción, su desarrollo y su desenlace.

Ha sido tradicional en la bibliografía destacar que la «internacionalización» del conflicto se puso de manifiesto desde fecha muy temprana. Quien esto escribe ha señalado durante muchos años, al igual que otros autores, que dicho proceso casi fue concomitante con la sublevación militar misma. Error. Una parte de ese giro, con la intervención de una de las potencias nazi-fascistas y la retracción de las democracias, empezó a gestarse mucho antes. Personalmente he destacado que el motor a la postre fundamental fueron los denodados esfuerzos de los conspiradores monárquicos y calvosotelistas que consiguieron contratar material de guerra moderno italiano y que empezaron a negociar bastante antes del golpe. No precisamente para garantizar su triunfo sino de cara a la posibilidad de una guerra en toda regla que ya encaraban con sus abominables consecuencias. Eso sí, la estimaban corta. *La responsabilidad por desatar la hecatombe recae, hoy, a tenor de la evidencia primaria relevante de época en ciertos círculos. No fueron precisamente los republicanos.* No es hacer historia contrafactual pensar que, de haber estallado el golpe, como se tenía pensado, en abril de 1936 la constelación de factores necesarios (de tipo interno y de índole eminentemente estructural) hubieran llevado a otros resultados ya que dichos factores no determinaban, de por sí y en sí, la suficiencia.

Tampoco extrañará que ambos aspectos, el militar y el internacional, figuren a la cabeza de los 33 capítulos. Habrá sin duda autores que discrepen de esta preferencia. En mi opinión, están errados. La Guerra Civil fue ante todo y sobre todo un conflicto armado, resuelto por la fuerza. Por muchos que sean los ángulos analíticos o metodológicos desde los cuales quiera considerársela, es imposible obviar tal constatación. Por ello la literatura de índole militar recibe el lugar de honor con un trabajo específico cuyo autor ha identificado, para el período que abarcan los términos de referencia, nada menos que 435 títulos. Esto significa que las dimensiones bélicas no han quedado olvidadas, en contra de lo que a primera vista pudiera parecer. Naturalmente habría sido imposible detallar tal número de títulos y la selección ha de entenderse como un intento de poner de relieve lo que el autor considera la *crème de la crème*. Obviamente, lo que hoy se entiende como historia militar es muy diferente de los conceptos tradicionales. En España no estamos tan atrasados, si es cierto lo que afirma el profesor Borja de Riquer sobre los cambios en la historiografía con respecto al primer conflicto mundial. Se empezó por las campañas y se ha llegado a estudios culturales de la guerra, a la irrupción del efecto de los combates en la retaguardia, a la sociología y sicología de los combatientes. Por ejemplo, algunos de los trabajos del profesor Xosé Manoel Núñez-Seixas son reveladores. Será imposible, desde luego, pretender llegar

a cotas tan ambiciosas las que ha alcanzado, para el caso alemán y la *Wehrmacht*, Felix Römer con un texto absolutamente fundamental. La base primaria no parece que pueda dar para ello.

En cualquier caso, la Guerra Civil, «internacionalizada desde antes del golpe», se convirtió precisamente en conflicto armado de larga duración en función de un segundo factor: el contexto. Hoy algún autor se permite enfatizar hasta límites insospechados la puesta en tensión de los respectivos recursos internos como la clave de bóveda que abrió las puertas de la victoria o que condujo a la derrota. Discrepo de tal caracterización. De no haber contado los sublevados (en principio antes del golpe) con la promesa de la ayuda italiana, rápidamente materializada, y con el apoyo nazi (a pesar de que todos sus intentos por obtenerlos previamente se habían saldado con un fracaso) y de no haberse echado atrás las democracias en la venta de armas y en el soporte político y diplomático al gobierno legítimo, la evolución habría sido diferente. No olvidemos que un sector de la trama civil de los conspiradores habían ya echado los tejos para «intoxicar» a la diplomacia británica. El apoyo político, diplomático, material, financiero y armamentístico de las potencias fascistas en el verano de 1936 fue, simplemente, vital. Como ya vio Azaña certeramente en septiembre, con la inacción de Francia la República había perdido la guerra salvo que cambiaran las circunstancias. No cambiaron. El efecto de no disponer de abundantes latas de sardinas no admite comparación con la inhibición y el terror que desataban los bombardeos sistemáticos y terroristas de los aviones fascistas o las acometidas de los Messerschmitt 109 Bf.

En consonancia con dicho carácter de conflicto armado se ha abordado seguidamente la literatura en razón de los espacios geográficos, aunque también abarque aspectos no militares, en las dos partes del territorio en las cuales se aplicaron sendos Estatutos de Autonomía como fueron Cataluña y el País Vasco. Si bien las operaciones militares no fueron tan intensas en ellos (salvo en momentos determinados) como en otros frentes, la interacción con las variables políticas, ideológicas y culturales ha inducido a ubicar esta parte de la literatura bajo un criterio esencialmente espacial. Algo también discutible, pero de alguna manera inevitable.

La intrusión del contexto internacional transformó radicalmente los vectores que actuaron sobre el nuevo teatro de operaciones que surgió en la península. A la ayuda nazi-fascista se contrapuso, algo más tarde, el *élan* de la izquierda internacional. La guerra quedó insertada, indeleble y durablemente, en una confrontación sistémica que afectó a toda Europa e interesó a muchos países extraeuropeos. En el capítulo referido a las Brigadas Internacionales los autores han realizado un esfuerzo ímprobo para dar conocer a los lectores españoles una síntesis de la abundante literatura que en los últimos años ha aparecido. Algo similar, por lo demás, se lleva a cabo en varios capítulos de la literatura extranjera en la que este tema goza, lógicamente, de un atractivo especial. No es de extrañar. Si bien los brigadistas fueron en general encuadrados por los partidos comunistas nacionales, todos ellos fueron voluntarios. Nadie se vio obligado a ir a combatir a un lugar lejano como era la España de la época. Ese *élan* dotó a la aventura espa-

ñola de características especiales y no se encuentra en las formaciones militares fundamentales, alemanas e italianas, que combatieron en el lado de los sublevados. Si acaso, presión o persuasión se aplicaron en el caso soviético pero el contingente de esta nacionalidad fue siempre diminuto y se concentró, fuera de los aviadores (sin los cuales los republicanos no hubieran podido volar los modernos aviones soviéticos), en asesores, traductores, intérpretes y agentes de inteligencia.

Las erupciones violentas, en particular en las retaguardias, tradujeron en condiciones absolutamente excepcionales el efecto de factores estructurales (económicos, políticos, sociales, culturales) que encuadraban desde hacía años la sociedad española y que la corta y multivaria experiencia republicana no había podido ni resolver ni atajar eficazmente. Han transcurrido ya más de treinta años desde que los historiadores españoles empezamos a estudiar, con nuevos ojos, la Guerra Civil. En ciertas dimensiones se hizo tan pronto como se aflojó la censura de la dictadura. El aluvión de publicaciones, buenas y malas, en los años de la Transición fue tomando carrerilla. Los cambios de paradigmas desde los cuales se interpreta el pasado han alentado un proceso de modificación de las perspectivas aplicables, y aplicadas, a las masas ingentes de documentación que poco a poco han salido a la luz en los archivos españoles y extranjeros, a medida que expiraban los plazos de cierre.

Así han surgido campos que en un principio no se trillaron. Ejemplos son las vertientes social, local y la de género. No tardó, de la mano de algunos innovadores, en plantearse la dimensión menos documentada pero también la más sensible: la de la violencia, no tanto la del frente, sino la más vergonzosa, la de las retaguardias, que de siempre los vencedores estigmatizaron para el lado de los vencidos como el «terror rojo». Desde la mitad de los ochenta se abrieron las compuertas y a partir del cambio de siglo el aluvión de publicaciones en este ámbito ha sido imparable. En los momentos actuales cabe decir que en esta dimensión, siempre postergada por los autores neofranquistas en el caso de los sublevados, es en la que en los últimos diez o doce años más se ha progresado hasta alcanzar límites insospechados anteriormente. Hoy apuntan nuevas dimensiones: culturales, psicosociales, de comportamientos grupales.

En la presente bibliografía la temática de la violencia aflora en varios capítulos. En mi opinión, y no soy un experto en ella, constituye el área más vigorosa de la reciente historiografía. Hoy ya podemos hablar de un «holocausto» español, como ha hecho Paul Preston, o de la necesidad de situar la piel de toro entre las «tierras de sangre» europeas a la que no llegó la mirada escrutadora de Tim Snyder y, en general, fuera de nuestro país y de algunos historiadores extranjeros no se le haya prestado la menor atención. Franco sigue tocado por la varita mágica de la creencia de que no fue un dictador sanguinario cuando en realidad superó, por lo menos, a Mussolini. Sin duda, aquella evolución, como todas las rupturas historiográficas, ha suscitado debeladores. Se ha prestado particular atención a las discusiones sobre memoria histórica, algunas de las cuales han presentado agrios caracteres. Las síntesis correspondientes están centradas en un capítulo en este número pero, naturalmente, también afloran en otros. No ha sido posible tener

en cuenta las publicaciones que continúan, afortunadamente, echando luz sobre este campo, uno de los más distorsionados, si no el que más, por la historiografía neofranquista. Solo puedo mencionar brevemente, en estas líneas, la importancia y significación de la reciente obra de Francisco Moreno Gómez, *La victoria sangrienta, 1939-1945*, que culmina toda una vida dedicada al estudio de la represión en la provincia de Córdoba y que ha ido progresando sistemáticamente hasta alcanzar dimensiones estatales. Siempre, todo hay que decir, ignorada por historiadores incapaces de rebatir su glosa e interpretación de una inmensa cantera de informaciones empíricas. Estoy conmovido por su descubrimiento de que en varias prisiones, en 1941, la ración calórica que se suministraba oficialmente a los reclusos era de 800 calorías diarias pero que, con frecuencia, bajaba. Dejo al mejor conocimiento científico de muchos de los lectores la interpretación de lo que ello significa. Yo me he limitado a buscar en Internet datos sobre la ración calórica suministrada por los alemanes a los presos de Auschwitz-Birkenau: oscilaba entre 1700 y 1300 calorías diarias según que hicieran fuertes trabajos físicos o no. Que las condiciones alimenticias fuesen en Córdoba peores que en el campo emblemático de la *Sboab* es algo repugnante. Vamos a ver, no obstante, cuánto tiempo necesitan los historiadores extranjeros (y pienso en algunos norteamericanos en particular) que cantan loas al franquismo para recoger, interpretar y, si les es posible, mejorar los resultados de este tipo de investigaciones².

De notar es que temáticas tradicionalmente olvidadas, como son la económica y financiera, han experimentado un resurgimiento espectacular en los últimos años, aunque nada de ello se haya registrado todavía en la literatura extranjera, aparte de algunas constataciones elementales. Por lo demás se han abordado temáticas nuevas. Destaca un trabajo exploratorio sobre la Guerra Civil en el espacio cibernético. O aspectos de tono simbólico. No se ha dejado de considerar el impacto de la literatura memorial o testimonial.

El problema de la ubicación relativa de las diversas contribuciones ha planteado no pocos problemas. De entrada he descartado la cómoda solución de utilizar el socorrido recurso de seguir el orden alfabético de los autores y preferido aplicar un esquema que revela una cierta concepción de la guerra y que es necesario hacer explícito. Ello no significa anteponer unas dimensiones a otras en abstracto. La literatura aborda un tema concreto, en un tiempo y en un contexto también concretos. La evolución del conflicto obedeció a ciertos parámetros de grado o de

2. Mientras tanto podrían meditar en las implicaciones de la «ración» de la época: matas de coliflor (o nabos forrajeros) hervidos con agua y tacos de grasa de la que se utilizaban para engrasar los ejes de las carretas. Después se emplearon habas y zanahorias negras. Los directores de la prisión fueron Enrique Díaz de Lemaire y Juan José Escobar Sánchez. De subdirector estaba un tal Ramón García Lavella. De la sección de mujeres se ocupaba Rafael Herreros, ayudado por una guardiana tipo nazi. El médico era Celso Ortiz Megías. El capellán un jesuita, el Padre García. El párroco de la Iglesia de El Salvador, José Torres Molina, se dejaba ver con frecuencia por la prisión. Nombres para la historia de la infamia franquista. ¿Quién los recuerda hoy?

importancia diferentes para la victoria o para la derrota. Los he identificado en varios de mis escritos y sería absurdo que renunciara aquí a utilizarlos.

En consecuencia, la bibliografía se inicia con una reflexión sobre la imagen de la Guerra Civil en los libros de la ESO, es decir, los que los niños españoles suelen estudiar antes de llegar al bachillerato. No cabe subestimar su importancia. Ahora se cumplen 75 años desde la terminación del conflicto bélico (lo que, en parte, explica este número monográfico). Revela mucho sobre la sociedad en que vivimos la forma en que se transmiten contenidos sobre la misma a las nuevas generaciones. Un experto en este tema, y de gran experiencia por su actividad durante largos años como profesor de Secundaria, Fernando Hernández Sánchez, ha asumido la responsabilidad de resumirla brevemente. Sus comentarios son profundamente tranquilizadores. *¿A esto hemos llegado tras algo más de treinta años de democracia y sin censura política o ideológica?* Personalmente, y no me duelen las palabras, lo considero una vergüenza inaceptable, impensable en cualquier otro país de la Europa occidental. El ejemplo reciente de una prestigiosa editorial, especializada en libros de enseñanza, «edulcorando» el final de los dos mayores poetas del siglo xx español, Federico García Lorca («murió cerca de su pueblo») y Antonio Machado («se fue a Francia con su familia»), es como para sacar los colores. Solo la reacción en las redes sociales llevó a los responsables a retirar el libro que ya había tenido gran difusión en la enseñanza primaria, la base de toda la educación posterior. Las «explicaciones» que dio son como para echarse a llorar.

Todos quienes hemos enseñado historia política española tenemos ejemplos egregios de ignorancia en nuestros alumnos. A una de las colaboradoras de este número uno de los suyos le preguntó muy serio, este curso recién terminado, si era cierto que el diseño del edificio de los Nuevos Ministerios en Madrid (una construcción de los años republicanos) se había hecho de acuerdo con las instrucciones del ministro de Obras Públicas, socialista, de la época, Indalecio Prieto, para que desde el aire pudiera verse en los tejados una reproducción de la hoz y el martillo. Al parecer, la historieta circula por ciertos sectores de Internet.

Que ejemplos tales puedan reseñarse hoy, en 2014, da una idea, probablemente débil, del fallo en el que el sistema educativo español ha incurrido al explicar a quienes por él transitan los elementos fundamentales de la historia contemporánea de España.

Continúa la bibliografía con una presentación de Ricardo Robledo, catedrático jubilado de la Universidad de Salamanca, sobre el reciente *revival* académico de una vieja corriente en torno a la República como el régimen que en último término llevó a España al conflicto armado de la mano de las izquierdas. Cierto que de forma no inexorable (lo cual en sí ya es un cierto avance como mera enunciación) pero se trata de una orientación volcada en la ilegitimación si no de la República *in toto* sí de una República excluyente (término utilizado con un claro tono tautomárgico) y «dominada» por la izquierda. Solo por la izquierda, pues la derecha no parece, en tal visión, que tuviera tan execrables apetencias. Que para ello haya que seleccionar «evidencias», abroquelarse en un enfoque e ignorar (sobre todo

ignorar) masas de literatura, pues ¡se hace! La apuesta bien lo vale en términos de reconocimiento ideológico y crematístico, ya que el académico parece un tanto magro por mucho que se autoprocleme como visión *científica*.

En lo que a la guerra en sí se refiere se comienza por aplicar el viejo adagio de que *war is war is war is war*. De aquí los capítulos de Fernando Puell, José Luis Martín Ramos, Francisco Vargas y Encarnación Barranquero. Son heterogéneos. Fernando Puell, que reúne la doble condición militar y académica con su actividad universitaria, resalta las dimensiones más propiamente militares del conflicto y las innovaciones producidas en el lapso temporal contemplado en esta bibliografía. Han quedado atrás los esquemas habituales de la historiografía militar generados durante la dictadura franquista y se han incorporado enfoques innovadores, reflejando la influencia de la historiografía extranjera. Temas que habían sido tabú hasta fecha reciente (los servicios de inteligencia, el reclutamiento) han encontrado entrada, a veces espectacularmente, en la reciente historiografía. El segundo es, en puridad, una visión del conflicto en Cataluña elaborado por la historiografía predominante catalana de los últimos años. El autor, catedrático de la Universidad Autónoma de Barcelona, pone de relieve las insuficiencias y sesgos de la misma. Apenas sí tienen cabida en ella los análisis de la guerra como fenómeno militar y sí predomina una literatura, frecuentemente sectaria o apologética, que tiende a detenerse en los sucesos de mayo de 1937, como si para Cataluña la guerra terminase ahí. Su reflexión sobre la obra de historiadores catalanes en torno a la «revolución social», el papel de las fuerzas político-sociales, la violencia y los esfuerzos por defender una «autonomía» arrancada en las condiciones especiales de la guerra deberían llamar la atención de muchos historiadores, sobre todo extranjeros, que siguen ignorando la compleja realidad catalana y los múltiples mitos que continúan impidiendo, a veces con groseras falsificaciones, comprender hechos históricos hoy debidamente contrastados y documentados.

El siguiente capítulo aborda la guerra en Euskadi. La bibliografía elaborada por autores generalmente vascos es muy extensa aunque adolece de la preeminencia dada a ciertas orientaciones, en detrimento de otras, y de la relativa carencia de obras de síntesis. Francisco Vargas ha escudriñado masas de títulos para hacer una selección en la que se agrupan diversas temáticas, todas unidas por el nexo geográfico. Se han descartado muchos otros y no se ha penetrado más profundamente en la producción en euskera, que lamentablemente no es un idioma demasiado extendido fuera del espacio vasco. Aun así, Vargas ha ofrecido una selección en este idioma. Confío en que los no expertos en los avatares vascos durante la Guerra Civil y la posguerra, con la represión consiguiente, encuentren en el trabajo de Vargas una introducción utilísima a lo que ha ido apareciendo en este tema a lo largo de los últimos años.

De los grandes espacios pasamos a la historia local, tan denigrada por algún eminente historiador norteamericano, como si en Estados Unidos no existiera una superfloración de tal enfoque, también aplicado a su propia Guerra Civil del XIX. O como si fuese poco menos que una aberración metodológica querer conocer el pa-

sado a nivel de pequeños colectivos e intentar restablecer la verdad de la represión en los años oscuros. Una reconocida experta, Encarnación Barranquero, aborda los problemas metodológicos y epistemológicos más importantes en el desarrollo de esta perspectiva, que también aparece brevemente en los dos capítulos anteriores y en alguno otro ulterior. Su valoración, en mi opinión irreprochable, es que constituye una aportación importante que no solo desvela el flujo y consecuencias de la guerra en espacios reducidos, sino que su adecuada consideración permite contrastar afirmaciones generales y contribuir a corregir y mejorar estas, con el imprescindible soporte empírico. Las acciones militares son solo un componente en tal enfoque. Mayor atención han despertado otras problemáticas, entre las cuales la de la represión y la aplicación de la violencia no son las menos importantes.

Del vector internacional general se ocupa David Jorge. Hoy está, efectivamente, mucho más claro que antes hasta qué punto la interacción con la evolución interna fue determinante para el resultado de la guerra. En este ámbito Jorge conjuga los resultados de la investigación española con la de autores extranjeros que han arrojado luz sobre aspectos que o bien se desconocían o han sido sistemáticamente desfigurados en la literatura, tanto pro-franquista como pro-republicana, no en vano tienen que ver con el papel atribuido a la Unión Soviética. Silencia Jorge, eso sí, sus propias aportaciones en su tesis doctoral que, cuando aparezca, levantará el velo sobre algunos de los aspectos más debatidos de la política exterior republicana. Una de las más controvertidas manifestaciones de este vector internacional fue la aportación de las Brigadas Internacionales, florón de una gran parte de la literatura extranjera y siempre demonizada por la pro-franquista, que olvida convenientemente las inmensas contribuciones de las potencias del Eje. Solo hay que recordar las aberraciones del coronel José Manuel Martínez Bande, del Servicio Histórico Militar. Manuel Requena y M. Lourdes Prades son reconocidos expertos y han sintetizado las manifestaciones más importantes de un chorro prácticamente ininterrumpido. Su visión, española, complementa las referencias que los historiadores extranjeros que participan en este volumen hacen a su vez de la literatura aparecida en sus países de origen. A la vista de la abrumadora literatura existente no deja de sorprender la persistencia de algunos mitos entrañables para los autores pro-franquistas sobre temas tan obvios como las fechas de su creación, composición, número y contribución al esfuerzo bélico. Pero más aun sorprende que algún autor recientemente haya comparado con los yihadistas actuales a los miembros de las Brigadas Internacionales, cuales súcubos al servicio de los presuntamente malvados proyectos y planes de Stalin, suponemos que contra España, siguiendo en la consagrada tradición del coronel Martínez Bande, o del general Casas de la Vega, o del incomparable Ricardo de la Cierva o del eminente «intercontextualizador» César Vidal (Skoutelsky utiliza, para calificarle, un adjetivo algo más duro y, sin duda, más ajustado).

No es ser materialista (y he de confesar que lo soy un tanto: ¿quién va a negar la influencia del poder económico en el político en estos tiempos que corren?) destacar la influencia del factor económico en los resultados de la guerra. Tradi-

cionalmente este ha sido un campo propicio a deformaciones de todo tipo y uno en el que la historiografía extranjera se ha mostrado poco innovadora. El elemento limitativo fue siempre la financiación exterior y la movilización de aquellos recursos que no existían en España. Sobre todo ello hoy se conoce mucho más que hasta hace poco años. Gracias al crédito de las potencias del Eje y a la inmensa ayuda financiera de Juan March, fue posible para Franco superar fácilmente un estrangulamiento que, de otra manera, hubiese provocado una evolución muy diferente del conflicto. La discusión hoy se centra sobre la importancia y significación relativas de la movilización de los recursos internos. Carlos Barciela y María Inmaculada López Ortiz, catedráticos de Historia Económica de la Universidad de Alicante, rastrean la abundante literatura aparecida en el período de referencia. He aquí un campo en el que bien cabe afirmar que los investigadores españoles han cumplido su deber.

La movilización de recursos materiales fue a la par con la de recursos ideológicos, terreno siempre mucho más resbaladizo. Francisco Sevillano es muy conocido por sus estudios sobre la construcción de símbolos e imágenes que se lanzaron a la gresca como apoyo identitario y para sostener la moral y objetivos de los combatientes. Su trabajo se centra más bien en la dinámica propia del bando franquista, el vencedor, y la construcción de una imagen *ad hoc* del Caudillo, profundamente desfigurada y que continúa teniendo reflejo en un sector de la opinión pública y de la literatura que la nutre en el mismo sentido. Es lógica su preferencia pues lo que tuvo continuidad en España fueron la simbología y el culto de la victoria franquistas. A ello se añade la movilización católica, que respondió a múltiples factores, tal y como analiza José Manuel Cuenca Toribio, uno de los grandes conocedores del tema. En su trabajo glosa la importancia del ímprobo esfuerzo que ha supuesto organizar para publicación una parte sustancial del inmenso archivo del cardenal Isidro Gomá, primado de España durante la Guerra Civil, aun lamentando que los editores no lo hayan explorado para el público hasta los años inmediatos de la posguerra. No podrá escribirse sobre la Iglesia y la guerra sin acudir a esta inmensa labor documental. Aun así, todavía quedan por explorar adecuadamente los fondos del archivo secreto del Vaticano, que ya han empezado a explotar con gran éxito especialistas sobre la historia de las relaciones entre la Iglesia y el Estado italiano, como David I. Kertzer. Si en este caso han salido a la luz numerosos conejos de la chistera, no hay razón para que no ocurra algo parecido en el español.

El conflicto tuvo inmensas consecuencias. Ante todo, y como ya he señalado, la violencia, a la que responden los capítulos de Gutmaro Gómez Bravo/Alejandro Pérez Olivares y, en parte, el de Javier García Fernández. De notar es que este hace hincapié sobre lo mucho que todavía queda por investigar en una serie de dimensiones absolutamente básicas. La literatura sobre la violencia constituye hoy, *pacem* Payne y acólitos, el más vibrante capítulo de la bibliografía en torno a la Guerra Civil. Después de cerrar los artículos se han publicado obras como las dirigidas por Perry Anderson y Miguel Ángel del Arco y continuamos a la espera de la ya próxi-

ma investigación de José Luis Ledesma sobre el «terror republicano» en la segunda mitad de 1936. Confiamos que sitúe la problemática en unas coordenadas muy diferentes a las que no tienen acostumbrados un par de historiadores extranjeros.

Sobre los enconados debates memoriales nos ilustran Ángel Luis López Villaverde y Pilar Domínguez Prats, esta última a través de las obras de memorias. La guerra provocó igualmente una evolución dispar en el plano político, jurídico e institucional. En un largo artículo, justificado por la novedad de la tesis y la parvedad de literatura globalizante, Javier García Fernández ha realizado, a modo de inventario, una síntesis de lo publicado en una amplia gama de sectores interconectados. Igualmente se produjeron profundos efectos en las retaguardias, hoy objeto de estudio por los más recientes autores (Miguel Íñiguez Campos). También se aborda la variable de género, que apenas sí existía hace unos años (Ana Martínez Rus) al igual que el impacto en la novelística (Fernando Larraz). Como colofón, y en uno de los artículos más innovadores, como es el reflejo de la guerra en el espacio cibernético, aparecen Matilde Eiroa y su equipo.

Con esto termina la bibliografía española. Lamento que premuras, circunstancias y alguna que otra baja no hayan permitido abordar otros campos temáticos. No ha sido por falta de esfuerzos. Aun así, los trabajos en ella recogidos dan cuenta de la variedad y riqueza de los títulos aparecidos en los últimos seis años. No podría afirmarse que los historiadores españoles hemos estado cruzados de brazos. Que quedan lagunas por rellenar es obvio. Que no todos los fondos han sido explorados no es menos cierto. Que nuevos enfoques analíticos arrojarán nuevos resultados es indudable. Con razón se ha dicho que escribir en historia es un tejer y destejer continuo.

Tras la bibliografía española este número abre la puerta de par en par a la extranjera. Aquí se ha optado por ordenarla según la significación relativa de las ayudas internacionales. Esto, inevitablemente, introduce un sesgo subjetivo. Si me he decidido a aplicarlo es porque creo haber podido demostrar en mi último libro (*Las armas y el oro*) que, combinando criterios cuantitativos y *cualitativos*, cabe establecer una cierta prelación por razón de las ayudas para ayudar a la victoria de los sublevados: el Tercer Reich, la Italia fascista, el Portugal salazarista. Un historiador hispano-alemán (Carlos Collado Seidel) y otro italiano (Marco Puppini) amén de un gallego (Alberto Pena Rodríguez) las presentan. Frente a la riqueza de la primera (y también a la espera de algunas obras ya en bastidor) las otras dos son más restringidas, pero no por ello menos notables. Situamos a continuación la literatura británica. Se trata sin duda de una apuesta discutible. Sin embargo, el Reino Unido fue el genio malo de la República y, en consecuencia, contribuyó objetivamente al triunfo de Franco. La ha desarrollado un joven historiador español afincado en Inglaterra, Francisco Romero Salvadó, que ofrece una visión general de lo más granado de la misma. Aquí, afortunadamente, también entramos en otro terreno gracias a la influencia de Paul Preston.

Por el lado republicano las ayudas más importantes fueron las de la Unión Soviética, México y, hasta cierto punto, Francia. La bibliografía rusa corre a cargo de

un joven historiador, Ígor Médnikov. Son de notar en su trabajo las consecuencias de la lenta aparición de un cambio en el paradigma interpretativo tras el colapso de la Unión Soviética, pero que ya se había iniciado en años anteriores gracias a las aportaciones de la hispanista Svetlana Pozhárskaya. De la mexicana se ocupa Jorge de Hoyos. No es demasiado conocida en España, sobre todo en lo que se refiere a la actuación política y diplomática de la república azteca. Tras estos capítulos figura la bibliografía francesa, que sintetiza un catedrático de la Sorbonne recientemente jubilado, Jean-Marc Delaunay. Su panorámica es muy completa, desde obras generales hasta cómics. Me ha llamado particularmente la atención, y espero que también se la llame al lector, la permanencia de estereotipos, mitos al parecer indestructibles, y la atención que algún conocido autor francés presta a las corrientes más rancias de la literatura española. Se ve que aparte de la barrera física subsiste todavía para algunos más allá de los Pirineos una insuperable barrera ideológica o mental. La literatura norteamericana, en mi modesta opinión hoy bastante menos interesante, la ha abordado Francisco Javier Rodríguez Jiménez, recién llegado de una amplia estancia en Estados Unidos. Su artículo, uno de los más largos de este número, se justifica por la necesidad de dar a conocer su tesis a un público no especializado. Por último Morten Heiberg, conocido hispanista danés y experto en Italia y España, presenta la bibliografía de origen nórdico, algo que no es demasiado conocido en España.

Por razones que tienen que ver con el esquema seguido, llega finalmente lo que no dudo en considerar el extremo más novedoso de esta bibliografía: el cambio, ya aflorado en el artículo de Médnikov, que también se constata en la literatura generada en los antiguos países del Este. Salvo error u omisión, es la primera vez que se aborda globalmente esta vertiente en una bibliografía publicada en España. A tenor de la importancia de la intervención relativa de los países respectivos abre la lista la literatura en checo y eslovaco, a cargo de uno de los grandes especialistas del tema, el Dr. Peter Szaraz, ya conocido de los expertos españoles. Le sigue Polonia, una bibliografía en la que me siento particularmente feliz de haber contado con la colaboración de la Dra. Olga Glondys. Estoy profundamente reconocido al profesor Pavlakovic, de la Universidad de Rijeka, por el esfuerzo hecho por proporcionar al lector en español una brillante síntesis de la literatura serbocroata, en particular del período anterior a la desintegración de la antigua Yugoslavia. En el régimen de Tito, los voluntarios yugoslavos en España adquirieron no solo una estatura un tanto mítica sino también puestos elevados en el Gobierno y en la Administración. No es de extrañar que posteriormente recayera sobre ellos el olvido y la distorsión. Gracias al profesor Iván Harsány y a la profesora Anita Zalai, contactados por Matilde Eiroa, se ha allegado una presentación de la literatura en húngaro. Finalmente cierra esta segunda parte la Dra. Luiza Iordache, afincada en Barcelona y ya conocida por sus trabajos sobre los españoles en el Gulag.

He de insistir en que este orden no implica absolutamente ninguna valoración cualitativa o comparativa de los trabajos respectivos. Responde a un criterio que a quien esto escribe le parece lógico pero que para otros puede resultar arbitrario.

Presento de antemano mis excusas pero no ha terminado de convencerme ninguna de las alternativas examinadas.

La más somera lectura de los capítulos de este número de *STUDIA HISTORICA* muestra la profunda renovación que se ha producido en los últimos años en la historiografía española y, en ocasiones, extranjera. Han surgido nuevos problemas, nuevos paradigmas y una nueva problematización de ámbitos que en gran medida se ignoraban o se habían considerado poco menos que cerrados. Pensar hoy que la Guerra Civil pueda abordarse satisfactoriamente con las metodologías en uso en los años sesenta o setenta es mero desvarío. La evolución refleja lo que, en mi entender, siempre ha sido prioritario: la combinación de los instrumentos heurísticos más adecuados, *en función del tema a investigar*, con el descubrimiento de nueva evidencia primaria relevante de época. La pluralidad de metodologías y de planteamientos se encuentra en consonancia con el carácter esencialmente poliédrico de la Guerra Civil: fue una lucha de clases, fue una lucha contra el fascismo, fue una lucha por definir el futuro de España y, en último término, aunque esto siga ocultándose cuidadosamente, fue una lucha para establecer (o rechazar) una dictadura que, si se excluyen los años de la segunda guerra mundial, dejó chiquitas al Tercer Reich y a la Italia mussoliniana.

Si las metodologías han experimentado una renovación y una ampliación me atrevería a señalar una razón subyacente de naturaleza puramente instrumental (otra cosa sería el cambio o modificación de paradigma inherente a toda actividad científica). Me refiero a la continuada apertura en España de archivos centrales, regionales o locales. Se inició poco antes del comienzo de la transición y no me da el menor pudor confesar que quien esto escribe logró entrar como uno de los primeros investigadores, si no el primero, en una amplia gama de archivos de la Administración central: Ministerios de Asuntos Exteriores, Comercio, Hacienda y Presidencia, amén del Banco de España y del Servicio Histórico Militar. Luego fueron recortándose los plazos de consultabilidad y llegó el turno a los archivos militares. Con la democracia ya consolidada la apertura se extendió a prácticamente a la totalidad de los centros administrativos. No sin dificultades y no sin haber constatado que, una casualidad, en los archivos de la Guardia Civil, las Regiones Militares, el Ministerio del Interior y del partido único de denominación kilométrica las fogatas o los destructores de papel habían contribuido a limpiar los aspectos más sucios del que púdicamente solía llamarse «anterior régimen». Con todo, en los archivos abiertos existe material para dar trabajo a varias generaciones de historiadores.

Esto no quiere decir que las posibilidades logísticas de investigar sobre la Guerra Civil y sus consecuencias sean ilimitadas o estén a un nivel comparable con el de los principales países europeos occidentales (y, naturalmente, Estados Unidos) para el período histórico comparable. ¡Qué más quisiéramos los historiadores, españoles y extranjeros, que tener en España un sistema y una legislación equivalentes a la de los archivos nacionales alemanes, británicos o franceses!

No es una fruslería el que todavía queden dimensiones nada desdeñables por explorar. Algo debe haber, por ejemplo, en los archivos del antiguo Alto Estado Ma-

yor, en el que apenas si han puesto el pie los historiadores. O algo deben barruntarse las actuales autoridades del Ministerio de Defensa que se negaron a plantear ante el Consejo de Ministros la desclasificación de los cerca de 10.000 documentos que el equipo socialista anterior había seleccionado por considerar que ya no afectaban a los inmarcesibles secretos de Estado de la defensa y seguridad nacionales. (En el momento de escribir estas líneas circulan rumores de que la desclasificación proseguirá, aunque no se sabe nada de si coincidirá con el proyecto anterior o será más restrictiva). También cuesta trabajo comprender el cerrojazo puro y simple dado a los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores, trasladados con nocturnidad y alevosía al AGA (la parte remitida al AHN, referente a la documentación histórica hasta 1931 ya es consultable en la calle de Serrano). No se ha hecho nada, hasta el momento de redactar esta presentación, para obviar las dificultades que, cortesía del titular de la cartera, el ministro José Manuel García Margallo, impedirán ojearlos durante todavía no se sabe cuánto tiempo. Sin duda existen argumentos esgrimidos en los pasillos del poder de la alta Administración que explican traslados y demoras (no tanto que los justifiquen) pero las autoridades ni los han dado a conocer ni, mucho menos, han presentado excusas por haber triturado una amplia gama de numerosísimas tesis doctorales, proyectos de investigación, libros y meros ejercicios para saciar la curiosidad del público interesado, reducido una vez más —como en la dictadura— a la mera condición de súbditos. Una muestra, en mi quizá sesgada opinión, de hacia dónde dirige sus tiros el Gobierno en materia de libertad de información, apoyo a la investigación, respeto por los ciudadanos (españoles y extranjeros) y, naturalmente, compromiso con la búsqueda de la verdad.

Por no hablar de la arbitrariedad que ha reinado en el acceso a los archivos regionales y locales. Ahora bien, si la Guerra Civil se hizo —como se afirma habitual y rutinariamente en los círculos de la derecha española— para salvar a la Patria y el franquismo fue meramente un régimen *autoritario* al que el partido en el Gobierno y la Iglesia Católica han sido incapaces de condenar, sin duda por creer en su pureza, ¿qué es lo que pueden temer?

La respuesta es simple. En España no se han ajustado cuentas con el pasado y no existe un interés gubernamental hoy en sentar las bases para que se conozca mejor. Ahora bien, salvo que se proceda a la destrucción sistemática de documentos, quien esto escribe ve mal que los resultados ya arrojados por la historiografía sobre la Guerra Civil sean fácilmente reversibles.

La estrategia para lidiar con aquella posibilidad de mejorar el conocimiento ha estribado, pues, en ocultar lo más posible todos los rasgos «molestos» que puedan continuar poniéndose en el debe de los vencedores (en particular los relacionados con la represión y la violencia) y buscar alternativas:

- La primera consiste en subrayar un mero ejercicio de proyección, caracterizado por el continuado énfasis en el «terror rojo» o, en las posturas más «avanzadas», en lo que Ricardo Robledo ha denominado la «equivolencia», es decir, la de que todo el mundo fue más o menos igualmente culpable de los horrores de la guerra.

- La segunda consiste en, ya lo hemos señalado, atribuir las mayores responsabilidades por la Guerra Civil a la República, «excluyente», «agresiva» y «revolucionaria».

El problema es que para ello hay que cerrar los ojos a la evidencia o forzarla adecuadamente. En realidad, la dirección ya la determinó el «Dictamen sobre la ilegitimidad de los poderes actuantes en 18 de julio de 1936», una de las muchas tropelías que hay que poner en el debe de aquel parangón del «hombre nuevo, fascista y español» que fue Ramón Serrano Suñer, y que no por casualidad atraviesa por un cierto *revival*. Claro que quienes lo han impulsado aplican para ello el mismo cierre de ojos que en el plano general.

Para terminar, desearía renovar, esta vez públicamente, a tod@s l@s colegas y amig@s que han participado en esta aventura mi más sincero agradecimiento por su colaboración. Su trabajo se ha hecho en condiciones difíciles, con escaso tiempo, apremiados por otros requerimientos urgentes. En el caso español (no me atrevo a mencionar a los extranjeros) el Ministerio de Educación (en sus diversas denominaciones), o las autoridades educativas autonómicas, pueden pensar que los profesores en general, y los historiadores en particular, no trabajamos mucho o, incluso, que no servimos para nada. Aunque lo nieguen con la boca pequeña, es sin embargo por sus actos como se les conoce. Los recortes practicados a la investigación, ya sea en ciencias duras, sociales o las humanidades, amenazan a este país con hacerle perder muchos puestos en la comparación internacional. En realidad, el declive ya ha comenzado y será difícil revertirlo.

En pocos años se han perdido bastantes plumas. En la investigación en materia de historia, muchísimas más. Con la manía de actuar como forenses del pasado, los historiadores somos, por definición, gente molesta. Hay muchos que, ciertamente, se sitúan en lugares privilegiados de servicio al poder pero otros muchos, la mayoría, no. Derrumbar mitos y sustituirlos por evidencia crítica debidamente analizada y contextualizada, con arreglo a paradigmas científicos en proceso de renovación y cambio, es, en España, algo que no gusta.

A pesar de todas sus deficiencias o carencias, que las tiene y soy el primero en hacer autocrítica por ellas, confío en que la presente bibliografía sirva para abrir los ojos al lector, profesional o no de la historia, acerca de las direcciones y temas por los que se orienta hoy la literatura seria. También he de expresar mi esperanza de que en un futuro menos turbio que el presente, quizá sirva para que las corrientes renovadoras que en ella se han detectado terminen encontrando su camino hacia los libros de texto que lean las próximas generaciones. A no ser que las autoridades y la maquinaria educativas sigan, erre que erre, persistiendo en querer hacer de los futuros ciudadanos avezados «emprendedores» (en el mejor de los casos), ideológicamente «neutralizados». ¡Pues no!

Bruselas, mayo de 2014